

La gallina de los huevos de oro

Hace mucho tiempo un pobre granjero de nombre Eduardo, pasaba sus días y noches pensando en cómo podría hacerse rico.

Una mañana mientras se encontraba en el establo, soñando con que poseía un gran rebaño de vacas, escuchó los gritos de su mujer que le llamaba.

«Eduardo, corre! Ve y observa mi hato», dijo ella más feliz de nuestras vidas!»

Al llegar donde se encontraba su esposa, Eduardo frotó sus ojos, pero podía creer lo que estaba viendo.

Frente a él se encontraba su esposa, con una gallina bajo el brazo y un huevo de oro en su mano. La tierra mujer reía de alegría mientras decía:

«No, no es un sueño. Es verdad, nuestra gallina puesta poner huevos de oro. Imagina lo ricos que vamos a ser al tener un huevo como este todos los días! Debemos darle un trato excelente».

Durante los días siguientes, cumplieron con tratar a la gallina con mucha cariño.

La llevaban a diario a comer hierba verde y fresca, la cuidaban cerca del esturque del pueblo y, cada noche, la acostaban en una cama hecha con acolchada paja en el rincón más cálido de la cocina.

No había una mañana en la que no apareciera un nuevo huevo de oro.

Eduardo aprovechó el oro para comprar nuevas tierras y más ganado. Sin embargo, entendía que iba pasar

mucho tiempo antes de poder ser
extremadamente rico.

«Es demasiado espesa» expresó una
mujer. «a este paso va a pasar
mucho tiempo. Claramente nuestra
gallina tiene muchos huevos de oro en
su interior. Vamos a sacar todos estos
ahora mismo!»

Su mujer estaba a favor. Se le había
olvidado la gran felicidad que sintió el
día que encontró el primer huevo de
oro.

Le dio un cuchillo a su esposo y, en
cuestión de minutos, Eduardo se había
destrochado de la gallina en el proceso.

Una vez más frotó sus ojos, pero podía
creer lo que sus ojos estaban viendo.

Sin embargo, en esta ocasión, su mujer
no sonrió, puesto que la gallina ya no
tenía huevos en su interior.

«¡Oh, Eduardo!» exclamaba la mujer al decirlo. «¿Por qué nos dejarnos llevar por la avaricia? Ahora no podríamos ser ricos, sin importar cuánto tiempo esperaríamos»

Y desde ese fatídico día, así fue cómo Eduardo se dió cuenta de que la avaricia rompe el saco y, por consiguiente, tuvo que olvidar la idea de hacerse rico.